

V. LAS ILUSTRACIONES

ANTONIO SAMUDIO



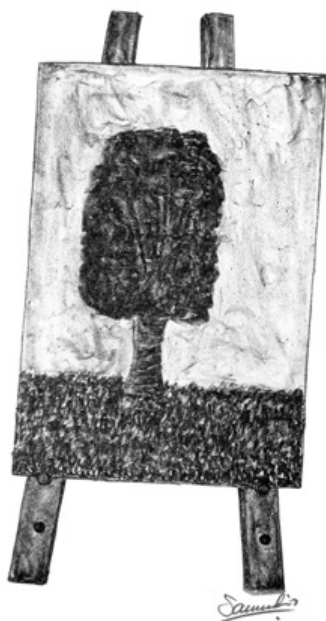
© Antonio Samudio. ¡Todo lo saben, todo lo ven, y en contra de todo están!
Litografía en piedra. 1996. 30x46 cm.



© Antonio Samudio. Bodegón. Xilografía. 1996. 40x30 cm.

Del prójimo y otras rarezas

SANTIAGO MUTIS DURÁN*



CÓMO CITAR: Mutis Duran, Santiago. "Del prójimo y otras rarezas". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 257-261, doi: djf.v14n14.46128.

* e-mail: rpsifreud_bog@unal.edu.co

© Ilustraciones: Antonio Samudio

Uno de ellos lleva en sus brazos una cabeza —más grande que la suya—; otro, de corbata, carga a la espalda una enorme vasija de barro; otro, testarudo, una roca; el que cierra la fila, una cabeza cortada de mujer, con los ojos muy abiertos... Cada quien cargando "sus cositas", sus culpas, sus secretos (¡a voces!), sus deseos... su pequeña —y pesada— carga de asuntos, como en una procesión, así vayamos por la calle, por el tiempo, por entre nuestra propia familia. ¡Vamos con nuestro atado de complejos, de gozos, de trampitas, de espantos!

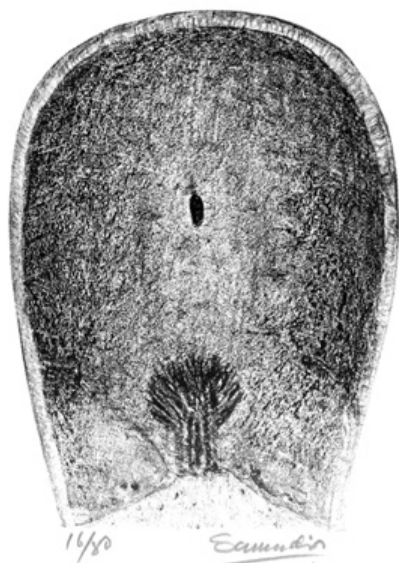
Aunque el mundo que ha cobrado vida en la obra de Antonio Samudio es un mundo único, con sus propias leyes, su picaresca y sus quebrantos, sus juegos y su humor particular, sus sorpresas y misterios, hay notables diferencias entre sus pinturas y sus grabados (y dibujos). Aquí están solo grabados suyos. Y, por supuesto, mucho de su mundo, o el de sus criaturas, que han reclamado una completa autonomía de su autor.

Dice una canción popular mexicana (que me gusta tararear), un huapango de hace cincuenta años:

*El pintar una paloma
se hace con facilidad,
la única dificultad
está en ponerle pico
y que coma.
Aiii.*

O sea, *que vuele*, en nuestro ánimo, libre de todo, de la letra, de la voz, de la música, de la idea, del aire... y hasta de su propia vida.

Samudio usa todas las técnicas del grabado, y cuando trabaja en la madera deja que la madera conserve sus vetas, sus noches, su oscuridad, sus estrellas... girando en constelaciones, esas ondas del tiempo que guarda el árbol, como agua celeste, y



en donde vimos un día aparecer al hombre, al hombrecito de corbata haciendo fila, salido de la nada y a la nada volviendo; y mientras tanto, con la cara manchada de luna, entra y sale de un convento, de un carnaval, de una casa de lenocinio, de una matanza. Nada de esto se ve en los cuadros de Samudio, lo sé, pero me lo imagino, porque el hombre es digno de desconfianza. La verdad es que la ciudad de Samudio —su provincia— no se ve. Todos la llevan dentro, como si hubieran comido prójimo.

Esta genticita ni canta ni llora, no reza tampoco, ¿para qué?, pero, eso sí, te mira a los ojos, y tú ves lo que está pensando. Entonces, en silencio, te recita un refrán, como esos que antes sentenciaban y adivinaban la vida de las gentes.

Sus bellísimas, misteriosas y muy vivas naturalezas muertas (paisajes en miniatura, escondiendo la luna, con teteras como catedrales); la permanente presencia del erotismo, el deseo, la sexualidad; la denuncia política, social, popular, de un gobierno de delincuentes, que explotan, roban, matan... la luz pública, desde la clandestinidad. Estos son sus temas.

Cuchicheos, humor negro, escenas de alcoba... suceden en la silente ciudad samudiana en donde todo secreto se deja ver, sorprendiéndonos y dejándose sorprender, como el murmullo de un confesionario, y de la luna, bien sea en el brillo de la guadaña —de hueso— o sobre sus catedrales de leche. Samudio corre el telón de su ciudad-escenario y sorprendemos los sueños haciéndose realidad, listos a esconderse. Samudio, con complicidad, nos mira a los ojos, de frente, y nos cuenta sus descubrimientos: un ahorcado en la oscuridad, una indiscreta escena de alcoba, un juego de cartas en donde las desconfiadas jugadoras se vigilan unas a otras de reojo, alguien que se esconde, un bosque silencioso en el frutero, un arzobispo, un mal pensamiento... la estulticia humana; la fea muerte, husmeando en la vida de la gente...

En un sencillo grabado, con el que Samudio dice ilustrar un dicho popular, una mujer muy blanca, completamente desnuda y sin cabeza sobre sus hombros, yace entre un pan de hamburguesas, con ajonjolí, siete tajaditas de tomate y unas cuantas hojas de una extraña lechuga, servida, lista para el consumo, como en aquel poema de Neruda: “[...] mujer para tenedor y cuchillo”. Solo que aquí será comida a mano, a mordiscos, como las libras de carne blanca que representa la suavidad de su desnudez.

En otro grabado, Samudio enfrenta dos mujeres, “ella” y su cuñada, seguramente, con rulos y ropa de cama, de seda, en su propia casa, tras el sofá de la sala y ante el ventanal, abierto de par en par a un mundo que no se ve y sobre el cual estas mujeres están en discordia; eso sí se ve, así, en sus ojos, brillando en el terrible juicio de sus miradas, en su irreconciliable, salvaje y disimulado desacuerdo doméstico respecto a un mundo que Samudio nos oculta. ¡Ah! las familias, a veces tan sórdidas, letales, cultivo de fermentos, pequeño nido de secretos inconfesables, tan bonitas de lejos, con sus

salitas, sus comedorcitos, cortinitas, vestiditos, moñitos, teticas, abriguitos... y ocultas miserias. *Todo lo saben, todo lo ven*, ha titulado Samudio este grabado, con un insólito pajarito oscuro sobre el espaldar del sofá... de mirada inescrutable.

¡Cuánto expresan sus móviles ojos, los impávidos rostros de sus personajes! Raza de clase media, raza universal, de la que Samudio es testigo, con los escasos, escuetos rasgos de una cara, por la que ha pasado la sombra encendida del pudor y la impudicia.

Cuenta Miguelito Matamoros —a propósito de este rostro “enmudecido”, de esta insondable seriedad, de este rostro fijo en una “expresión”, en una mueca— que al doblar la esquina de una noche habanera, de repente, se le apareció ¡la Muerte! :

*... pero como me vio tan serio
me dijo que era jugando.*

Una cara como la de Buster Keaton, quieta, de palo, pero ya no por el espanto sino desconcertada, disimulando, a la expectativa, concentrada, observando... esta humanidad, que pasa frente a ella, y muy adentro de ella, y la enciende con sus rojos carbones.

¿Infierno o paraíso?... No, tan solo el limbo, clase media, sol sombrío e invisible, con un diablo doméstico y orgías de entre-casa, en un mundo plano —como el de los milagrosos y viejos íconos o el de la reveladora pintura de los niños—, un mundo reducido a su propia verdad, hecho a nuestro alcance y medida, por nosotros mismos y para nosotros mismos, poblado de extraños parientes. Por eso nos miran. Por eso les causamos tanta curiosidad. Por eso nos espían todo el tiempo. Por eso se asombran: ¡somos idénticos!

Al mundo de Samudio, que incluye el mundo del propio Samudio y el nuestro, puesto que maliciosamente nos ha hecho sus cómplices, acuden tres mundos: el de la ciudad invisible que hace visible a estas criaturas; el de la familia que forma —y que es el que vemos—, y el que se sumerge en lo más profundo de su silencio y surge en sus ojos. Sociedad, mundo doméstico y secreta intimidad, a los que asoma un diablo de convento, un pudor que ha sido apartado como cortina de teatro, todo agobiado de un fuerte *estilo*, mantenido por décadas, como un hecho social inexplicable: un *estilo popular* capaz de nombrar cuanto nos sucede, como los del Tuerto López, García Márquez, Fernando Botero o Alejandro Durán...

Si llegáramos a estar de acuerdo en que, como dijo Molière, “la finalidad de la comedia consiste en corregir los vicios humanos”, y en que Samudio es un comediante, tenemos que volver al impávido rostro de comedia de Buster Keaton, “ese rostro con una increíble vivacidad y fineza de rasgos —como dice el ensayista Juan Diego Caicedo



en su conmovedor libro sobre este desconcertante poeta mudo—, aunque de forma prácticamente imperceptible para el lego. Dentro de su impasibilidad había lugar para una diversidad sin límites, maravillosamente expresiva”. Buster Keaton sabía —cito a Caicedo— que “para hacer buena comedia hay que partir [...] del mejor drama, para así poder burlarse de él, como el niño que aprende del gesto de sus padres y hermanos para luego imitarlos, remedándolos, sin dejar de quererlos, o, mejor, riéndose cada vez más de ellos en la medida en que más los quiere”.

Los personajes de Antonio Samudio son un poco la humanidad entera, en la cuerda floja de la moral, y se levantan de hombros ante la fórmula de oro, la de la deslumbrante proporción áurea, tan ajena a ellos, que andan por ahí, desafiando la *vulgar prosa de la vida*, con sus anécdotas, hechos, actitudes, episodios... convertidos en islas en el tiempo, estancias morales... desde donde piensan en nosotros.

Buster Keaton, genial, responsable de la más desbocada lucidez y alegría, de tan alocada e insólita poesía y de un heroísmo purísimo, afronta la vida con la misma impasibilidad en el rostro con la que lo hacen los personajes —tan disímiles— de Antonio Samudio. Y esto en una época tan cobarde... para la lealtad (y el sacrificio). Ni una sonrisa, ni el más leve gesto de aprobación, rechazo, complicidad, pena o alegría... Solo sugerencia, sorpresa, sutileza: “El mundo necesita del silencio para escuchar la verdad *sobre el ser*”, cita Caicedo, y también para distinguir la voz de la mentira, y de todo cuanto aquí sucede. Las razones para congelar el rostro que tienen Keaton y Samudio son muy distintas: un tesoro de alma, en Keaton, un “corazón de oro”, dice Caicedo. ¿Y en Samudio?: hacer que la expresión, ausente del rostro, esté en toda la obra, se expanda, resalte y purifique la anécdota, que ha anegado el cuadro, se trate del ahorcado que vemos al correr el telón de la escena, del pequeño hombrecito que está arrodillado de espaldas a nosotros ante el sexo de la impávida mujer que lleva sus senos por fuera y la falda por encima del ombligo, o la muerte bajo el capuchón de monje paseándose como la noche con su guadaña lunar; o la disputa conyugal en donde ella ha perdido la cabeza pero es la de él la que rueda por el suelo, o el verdugo invisible que corta una mano y mutila la ley... Podríamos decir que Samudio es infinito, como la riqueza misma de nuestros males, ocurrencias y misterios. Digamos como ejemplo que en Samudio una pareja de amantes es un trío de cuatro, porque el pensamiento —ya lo dijimos— aquí puede verse, el de sus personajes y el nuestro.

Así, nos encontramos con un hombre aún niño, para siempre; una mujer que dice sí con una mano y nó con la otra; una hermosa matrona sin nombre que acumula kilos y maridos, y su vida pende de un hilo —como toda alma—; una vida para dos, en donde solo cabe uno; obviedades maliciosas —perversas— como esa de que “la vida es para los vivos”; un hombre que se mira al espejo y solo ve su sombra; una

puñaladita por la espalda que Samudio titula *Espaldarazo*; un hombre con la panza llena y otro... vacía; una cuarentoncita adolescente; una vida immaculada con una mentira; unos campesinos asesinados caminando descalzos a la eternidad; la muerte vestida de novia con el rostro manchado por un velo negro; una falta de amistad y otra de gratitud como basuritas debajo del tapete nuevo; una cruz que parece el muñón de una horca puesta en un altar, o el que se oculta tras su propio rostro... Y así va el mundo, la humanidad, desfilando por su sencilla obra.

